



## VIII FORO ESPAÑA-ESTADOS UNIDOS

Madrid, 22 de Febrero de 2003

### DISCURSO DE LA SRA. MINISTRA DE ASUNTOS EXTERIORES

Sr. Presidente de la Comunidad Autónoma de Madrid, Señores Presidentes de las Fundaciones Consejo España-EEUU y US-Spain Council, Señores Secretarios de Estado, distinguidos invitados.

Permítanme que sean mis primeras palabras para agradecer al Presidente Ruiz Gallardón la generosa acogida que nos brinda esta noche en esta histórica Casa de Correos, cuyas paredes saben de tantos hechos históricos. Me complace especialmente esta iniciativa del Presidente Ruiz Gallardón, por que, además de agasajar a nuestros distinguidos invitados de uno y otro lado del Atlántico, me va a permitir exponer algunas reflexiones más adelante.

Pero también en el capítulo de los agradecimientos, me parece de estricta justicia el destacar la presencia en Madrid de los miembros del US-Spain Council, con su Presidente, el Senador Christopher Dodd a la cabeza. Ellos no han dudado en cruzar el Atlántico para intercambiar ideas con sus homólogos españoles sobre cómo mejorar las relaciones entre nuestros dos países y, en general, entre nuestros dos continentes.

Agradezco también al Consejo España-EEUU, y en forma destacada a su Presidente, D. Antonio Garrigues Walker, la destacada labor que el Consejo viene realizando, desde las filas de la sociedad civil española en pro de la amistad y el mayor entendimiento entre nuestros dos países. Desgraciadamente, no tenemos en España muchas instituciones privadas dirigidas a un fin de tanta importancia, y sin duda la labor del Consejo, pionera en este género, es en estos momentos irremplazable para nosotros.

Nuestros amigos americanos del US-Spain Council están, por su parte, desarrollando también una actividad que es tanto más meritoria cuanto que se desarrolla en un país como EEUU, abierto a todos los rincones del mundo y también por ser los componentes del US-Spain Council personas con importantes responsabilidades, solicitadas por muchas ocupaciones.

No me parece pecar de excesivo optimismo si digo que las relaciones entre España y EEUU, buenas desde hace muchos años, por fortuna, han conocido en estos últimos un impulso totalmente desconocido. Cabe reseñar los frecuentes contactos y visitas de alto nivel, como los habidos entre el Presidente de los EEUU y el Presidente del Gobierno español, los numerosos instrumentos jurídicos que hemos firmado recientemente, la inteligencia entre ambas capitales en temas de la agenda internacional de la mayor importancia y nuestra creciente cooperación en áreas como la económica, la cultural o en ciencia y tecnología. La reciente creación de un "Caucus" de amigos de España en el Congreso de EEUU nos produce una satisfacción especial. Es el mejor símbolo del interés y de la amistad creciente que nuestro país suscita en EEUU.

Por más que no sea original, debo recordar que este interés y amistad corresponden a una realidad histórica, que es el activo papel que España jugó en el nacimiento de la gran nación norteamericana mediante el decidido apoyo diplomático y material que los gobernantes españoles de la época prestaron a los padres de la independencia americana. Tampoco soy original, pero sí quiero recalcar que nos sentimos muy orgullosos de que ciudades norteamericanas tan importantes como Santa Fe, San Diego, San Francisco, San Antonio, Sacramento o Los Angeles hayan sido fundadas por religiosos españoles en su ejemplar labor de evangelización del suroeste de los EEUU. Ambos recuerdos de la presencia española en Estados Unidos, eso que allá llaman el “Spanish Cultural Heritage”, son pruebas palpables de que nuestro país estuvo en el inicio y está también en la esencia misma del admirable crisol de la historia y de la sociedad norteamericanas.

Nuestra relación reciente con los EEUU arrancó, como todos ustedes saben, en los años cincuenta del pasado siglo. Pero sólo con la llegada de la democracia a España esta relación ha podido adquirir madurez y densidad. Una de las decisiones de mayor trascendencia tomadas por un gobierno español en los años que siguieron al restablecimiento de la democracia, fué, sin duda, la adhesión de España al Tratado de Washington, lo que significaba nuestra incorporación a la OTAN y a la comunidad trasatlántica. En aquel momento, el Gobierno español estimó, acertadamente, que era vital para España unirse a la organización que había sido el pilar sobre el que se había edificado la seguridad de Occidente en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, marcados por la contención del comunismo y la “Guerra Fría”. Gracias a EEUU, Europa pudo recuperarse de la postración en que había quedado sumida tras aquella contienda y también gracias en buena medida al decidido apoyo que los distintos gobiernos norteamericanos prestaron al proyecto de fundación de la entonces Comunidad Económica Europea, ésta pudo erigirse en base de la reconciliación y de la prosperidad de Europa Occidental, congregada en torno a un proyecto en continua expansión geográfica, institucional y de competencias materiales. Por aquel entonces, tanto en Washington como en las distintas capitales europeas se reconocía que la división de Europa era en último término perjudicial para los intereses comunes tanto europeos como norteamericanos. Creo que el hecho de que España no participara en el momento inaugural de la OTAN y de las comunidades, a causa de nuestras circunstancias políticas en aquella época, me da una especial autoridad moral para hacer estas afirmaciones.

Pese a las dificultades y a las crisis, inevitables en cualquier relación entre sociedades y, en definitiva, entre seres humanos, el mundo trasatlántico así configurado consiguió su propósito de frenar primero, y derrotar después, al comunismo y extender la libertad a todos los confines de Europa. No creo que nadie, retrospectivamente, discuta seriamente que fue un acierto el ponerse al lado de los EEUU para luchar contra el expansionismo de la Unión Soviética durante la duración de la Guerra Fría.

Y sin embargo, desgraciadamente, parece como si ese mundo trasatlántico, sobre el que se ha construido la paz y el bienestar de todo Occidente en los últimos cincuenta años, estuviese en entredicho en una y otra de las orillas del Océano. Parece como si estuviésemos ya cansados de una fórmula de éxito probado, y dispuestos a ensayar caminos separados que no sabemos muy bien a donde nos pueden llevar. En uno y otro lado surgen voces críticas que, mientras que en EEUU, manifiestan desilusión e irritación con Europa y van inoculando en la opinión pública norteamericana un cierto grado de antieuropeísmo, en el viejo continente afirman que Europa nunca será un actor unido y autónomo en los asuntos internacionales sin un previo distanciamiento de los EEUU. Se trata de una fuerte tentación de definir Europa contra EEUU, de olvidar los valores compartidos y sustituirlos por nuevas convicciones.

Lo malo es que estas posiciones, hasta ahora reducidas a algunos medios periodísticos y académicos, parecen haber saltado a las palabras que pronuncian en público los responsables

políticos. Hubiera sido de esperar que tras muchos años de relación armónica un mayor grado de sabiduría y madurez en los discursos públicos hubiese permitido mitigar una retórica que tan poco aporta para superar las diferencias y que, de seguir en su dinámica agresiva, podría llegar a tener una repercusión negativa en las actitudes que prevalecen en nuestros dos continentes. No estaría de más hacer un llamamiento en pro de la prudencia en lo que se dice públicamente. Además constatamos que muchas veces estamos de acuerdo sobre la sustancia de numerosos problemas pero no sobre la forma de llevar a cabo nuestros objetivos. Todos debemos hacer un esfuerzo para que las discrepancias no vayan más allá de sus debidas proporciones. Para ello, debemos incrementar las consultas entre aliados por los canales establecidos y esforzarnos en tomar en cuenta las diversas opiniones para construir consensos sólidos. Es preciso reconocer que tanto EEUU como Europa saldrían ganando con una posición europea clara y común en política exterior y que ésta sólo puede tomar carta de naturaleza mediante el refuerzo de las estructuras de la Unión Europea, objetivo para el cual estamos trabajando en el seno de la Convención Europea.

No nos debe causar un trauma especial el admitir que tenemos diferencias, que éstas son lógicas y que responden a nuestra diferente historia, geografía y a nuestra distinta concepción del capitalismo democrático. En Europa y en EEUU combinamos de forma diversa libre mercado y estado de bienestar, libertad individual y solidaridad social, presidencialismo y parlamentarismo sin que ello haya supuesto hasta el presente, ni deba suponer, una fisura en el mundo occidental, si no más bien una riqueza que corresponde al pluralismo como uno de los rasgos y valores definitorios de Occidente. Es lógico que tanto EEUU como la Unión Europea defiendan y promuevan sus distintos modelos de integración política y social, pero no olvidemos en ningún momento que uno y otro modelo descansan sobre la misma comunidad de valores y de principios filosóficos, sobre la misma visión antropológica y sobre la misma concepción de un orden social basado en la primacía de la Ley y de los Derechos individuales de la persona.

Cuando tuvieron lugar los trágicos sucesos del 11 de septiembre, un periódico francés resumía con el título de su editorial un sentimiento compartido por todos los europeos dignos, consternados por el ignominioso ataque sufrido por el pueblo norteamericano. “Todos somos norteamericanos”, decía ese editorial. Frente al terrorismo y a las agresiones potenciales del fanatismo contra nuestras democracias, todos, europeos y norteamericanos, debemos seguir unidos, tan unidos como lo estuvimos el 11 de septiembre de 2001.

Por ello, para evitar el colapso de los lazos trasatlánticos debemos ser más conscientes que nunca de que todas las cosas que nos unen son mucho más importantes que las que ocasionalmente pueden separarnos.

Decía un estadista británico del siglo XIX que no hay alianzas permanentes sino intereses permanentes. Pero yo digo que, precisamente porque EEUU y Europa tienen un interés vital y permanente en mantener la relación que ha garantizado su seguridad mutua y que ha permitido alcanzar niveles insólitos de prosperidad y bienestar humanos, yo digo que la alianza entre los EEUU de América y los Estados de la Unión Europea, que pronto se abrirá a nuevas democracias del este, del centro y del sur europeos, debe ser permanente.

Finalmente, quiero felicitarles por los magníficos frutos de las sesiones de trabajo que han desarrollado el día de hoy y agradecerles nuevamente a todos ustedes, Señoras y Señores, los esfuerzos que están realizando para que una amistad aún más firme y rica sea posible España y EEUU.